

LA CARA SUCIA DE LA GLOBALIZACION¹

Cuad. Méd. Soc. XL, 3-4, 1999/ 30-35

Jacobo Schatan*

¿De qué hablamos cuando hablamos de globalización? Pues nada menos que de ese difuso y confuso proceso que ha logrado introducirse por todas (o casi todas) las rendijas de la casa mundial y que abarca prácticamente todas las esferas de la actividad humana en nuestro planeta. En su base se encuentra la noción engañosamente promovida por los beneficiarios principales de dicho proceso —de que gracias a la facilidad para diseminar con la velocidad de la luz noticias, ideas, propaganda comercial, política o cultural, entre muchas otras cosas, los países pobres del mundo, los llamados “subdesarrollados”, podrán participar del banquete en que desde hace ya un buen rato están sentados los comensales del Norte “desarrollado”. Por ello es que estos “comensales” de Estados Unidos, Europa y Japón, más unos pocos “elegidos” provenientes de otras regiones, están promoviendo vigorosamente la implantación del libre mercado, del libre comercio, del libre movimiento de capitales, y de otros “libres”, que encapsulan en el concepto de “mundo libre y democrático”. Todo ello, afirman, en nombre del bienestar universal, y para obtenerlo es imprescindible que todos se unan al Mercado Global. Quien se resista a ello quedará inexorablemente fuera del Nuevo Paraíso Terrenal.

Mas, estas promesas son falsas, como lo fueron las de la bíblica serpiente. Lo que principalmente buscan los promotores de este nuevo modelo es continuar aumentando su parte en la ya muy desigual distribución de los frutos generados

por la actividad humana en el planeta. Ello está en la base del fin mismo, de la propia supervivencia de las grandes empresas transnacionales que controlan buena parte de la actividad económica mundial. El avance tecnológico torna estrechos los mercados nacionales e inclusive los regionales. Por ello resulta indispensable, para esas empresas, conquistar nuevos mercados, a la vez que mayores cuotas dentro del mercado global en constante expansión. Para lograrlo, procuran disminuir sus costos y así competir mejor. La práctica de las fusiones de empresas, para transformarlas en megaempresas (y, eventualmente, en giga-empresas) tiene ese objetivo: llevarse un pedazo cada vez mayor de la creciente torta económica mundial. ¿En qué se beneficia el resto, entonces? Pues en muy poco.

Si desnudamos el discurso neoliberal mundializante de su retórica “marketera” (que, asombrosamente, ha despertado el entusiasmo de socialdemócratas y aun de no pocos políticos e intelectuales ubicados más a la izquierda —ejemplo: Tercera Vía— veremos que los supuestos beneficios de la globalización se afincan en un incremento notable de la explotación, tanto de seres humanos como del patrimonio natural de la humanidad. Para los objetivos de esta charla, examinaremos cuatro categorías de explotación, que están íntimamente entrelazadas. Las tres primeras corresponden a la explotación de personas y la cuarta a la de los recursos naturales.

¹ Presentación realizada en la III Sesión Científica de la Sociedad Chilena de Salubridad: “Meta Sanitaria para el año 2010”, 27 de junio del 2000

* Economista, Miembro del Directorio de Fundación CENDA.

En primer lugar, tenemos la clásica explotación de los trabajadores, asalariados o independientes. En el caso de Chile, por ejemplo, la distribución entre ganancias de las empresas y salarios brutos de los asalariados se ha tornado muy desfavorable para estos últimos en el curso del último cuarto de siglo, lo cual significa que los beneficios de la modernización, el crecimiento económico y la globalización han ido a parar de manera desproporcionada a los bolsillos de los dueños y operadores del capital. Y si añadiéramos a las ganancias de capital los sueldos de los altos ejecutivos, que representan una fracción nada de despreciable de la masa total de remuneraciones, esa desfavorable relación sería todavía mayor. Así, de acuerdo con cálculos basados en las cuentas nacionales la relación entre remuneraciones de asalariados y excedentes de explotación (vale decir la remuneración del capital) era en 1970 de 58 y 42%, respectivamente. En 1993, último año en que se publicaron oficialmente estos datos, la relación se había invertido: 56% para los capitalistas y 44% para los asalariados. Estimaciones posteriores indican que la relación siguió empeorando hasta llegar en 1997 a 58 y 42%, las mismas cifras que en 1970, pero asignadas a las partes contrarias. Con la crisis de estos últimos dos años, tenemos el derecho a suponer que la relación se ha deteriorado aún más.

Chile es uno de los países de América Latina con mayor desigualdad económica. Se estima que, de mantenerse la actual distribución del ingreso, y si la tasa de crecimiento global no se eleva mucho más allá del 5% anual, cosa que es poco probable en los años venideros, el 10% más pobre de los hogares, con una población conjunta de casi 1,8 millones de personas, necesitarían entre 40 y 50 años para apenas sobrepasar la escuálida línea de pobreza de 2 Canastas Alimentarias Básicas per cápita al día que se usa en la actualidad para medir la evolución de la pobreza en Chile y otras naciones de la región latinoamericana. Es decir, ¡tener que esperar casi dos generaciones para pasar de miserables a pobres! Esto es algo absolutamente intolerable, y que se encuentra en el meollo de los problemas que enfrenta nuestra sociedad. Por ello creo que, de no cambiar radicalmente la situación, la fecha del bicentenario se nos va a quedar corta.

El segundo aspecto es el que se refiere a la explotación de las grandes masas de consumidores, que se concreta por la vía de elevados márgenes de ganancia de las empresas y, muy especialmente, por las elevadas tasas de interés que co-

bran tanto los bancos como las empresas comerciales que venden a crédito buena parte de sus mercancías y servicios. Dicha explotación, además de que en el curso de la cadena de comercialización se va despojando a los consumidores de una parte desmedida de sus ingresos, se ve agravada por la cantidad enorme de cosas inútiles que la propaganda comercial masiva fuerza a adquirir.

Este es un punto crucial que debemos tener en cuenta para un análisis descarnado de la situación actual y las previsiones para el futuro, y que tiene una relación muy directa con los temas de la salud que a ustedes interesa.

El modelo económico vigente se centra en la máxima libertad para comerciar, para mover capitales de un lado a otro del planeta, ayudado por los avances en materia electrónica, para persuadir a los habitantes de remotos confines de consumir los bienes y servicios producidos y comercializados por grandes empresas transnacionales. Con el apoyo de una propaganda comercial científicamente estudiada se van imponiendo ciertos patrones de consumo que inducen a la compra de determinados artículos, marcas, o a fomentar ciertos gustos por la comida, la ropa, el modo de vida en general, que pertenecen a otras culturas pero que son funcionales al objetivo primordial de aumentar las ventas y las ganancias de esas empresas. Por imitación programada, los deseos se transforman en necesidades. Un caso muy ilustrativo en este sentido es el que tiene que ver con la comida, que a su vez está relacionado con el tema de la salud. Se han ido imponiendo patrones culturales que estimulan el consumo de alimentos chatarra, de poco valor nutricional pero que afectan el bolsillo y también la salud, al agregar cantidades muy grandes de grasas y azúcares. También podemos incluir el consumo excesivo de carnes rojas, en forma de hamburguesas, de productos lácteos y otros, que a la larga dan origen a una serie de enfermedades. Así, se mal utilizan recursos de suelo, agua, recursos humanos y financieros que podrían servir para fines más útiles, a la vez que, con tal despilfarro se está disminuyendo la cantidad de alimentos para atender las necesidades de los subalimentados del mundo, que son muchísimos. Al mismo tiempo, hay que invertir enormes recursos en la fabricación de remedios, en la construcción de hospitales, etc.etc., que se habrían podido evitar en ausencia de esos hábitos de consumo y ese despilfarro alimenticio fomentado por las compañías productoras y distribuidoras.

Es decir, para las empresas productoras y distribuidoras, para las que les elaboran la propagan-

da, para las que les venden los insumos técnicos, los seres humanos en general son considerados principalmente como destinatarios finales de esos bienes y servicios, o sea como consumidores. Pero, obviamente, cuentan sólo o principalmente aquellos humanos/consumidores que tienen los recursos económicos suficientes como para adquirir lo que aquellas tienen para ofrecerles. Los demás importan poco; comienzan a ser considerados como componentes desechables de la sociedad humana. Este ejemplo, que podríamos extender a otros bienes y servicios, nos permite comenzar a visualizar el complejo entramado de las relaciones de producción y consumo, que normalmente no se discuten, no se enseñan, no se hacen públicas.

Pero sigamos descomponiendo el puzzle. En tercer lugar, quisiera mencionar la explotación que las grandes cadenas comerciales ejercen sobre sus proveedores, al pagarles precios muy bajos por sus artículos y en condiciones financieras también leoninas. Aquí encontramos una situación de monopsonio, en la cual el comprador puede imponer las condiciones de la transacción a su amañ. Este es un punto igualmente importante, ya que se trata de un tipo de explotación que es desconocida para la mayoría de la gente (experiencia MIGROS de Suiza y de UNBURC y otras cadenas –Fabello, etc. en Chile). Estamos en el interior del mundo de los negocios, en el que los más poderosos estrujan a los más débiles, a los múltiples proveedores de los diversos bienes que esas tiendas entregan al consumidor final.

Entre tales proveedores encontramos empresas de muy disímil condición. Las hay grandes, enormes, como por ejemplo la Nestlé, que puede negociar con UNBURC las condiciones de pago, de precios, etc. Pero las pequeñas y medianas empresas industriales –que son las que proporcionan la mayor cantidad de empleo en Chile están sujetas a la arbitrariedad del comprador. Esto ocurre también en la fase anterior, como lo estamos viendo en estos días con el precio de la leche que las cuatro o cinco grandes empresas procesadoras imponen a los productores, tanto chicos como grandes. En otras palabras, nos encontramos en las distintas fases del proceso económico con un enfrentamiento entre David y Goliath, pero que, a diferencia de los personajes bíblicos, el triunfo en nuestras sociedades actuales tiende a llevarse a Goliath.

Y es que la “Goliathización” de las empresas va en aumento con el proceso de globalización (¿suenan parecidos estos dos términos, no?). La lucha por la conquista de una mayor tajada en los mer-

cados mundiales obliga a las empresas a disminuir costos, u ofrecer nuevos productos, para lo cual se funden con otras empresas, o las compran, creando nuevas entidades de mayor tamaño. Es un proceso que se va acelerando. Cada día leemos de nuevas fusiones, en EE.UU., en Europa, en Asia, en América Latina, entre regiones, entre países. Dentro de pocos años serán unas pocas empresas las que dominarán los mercados de diferentes ramas. Y con cada fusión se despiden a una cierta cantidad de trabajadores, de distintas edades y antigüedades, y especialidades. Hoy día ya no importa tanto la calificación del trabajador –aunque sigue siendo un factor relevante– ya que comenzamos a ver cómo aparece una cesantía ilustrada. Para una persona que haya trabajado por espacio de, digamos, 20 años en una empresa y que queda cesante –porque es reemplazado por alguien más joven, con conocimientos más “modernos” y con un sueldo mucho más bajo– no es fácil encontrar una posición similar en otra parte y habrá de conformarse, si tiene suerte, con un trabajo precario por la mitad o menos de lo que ganaba antes. Peor es todavía la situación de los trabajadores de menor rango, cuyas posibilidades de “reconvertirse” son todavía menores. Los promotores de la globalización son acérrimos partidarios de la reconversión laboral, así como de la microempresarización de los trabajadores cesantes. Es el “do it yourself”, que muestran como camino de liberación del yugo del trabajo asalariado. Es la forma de “dorar la píldora”, para que el trago no resulte tan amargo. Porque, como la experiencia lo demuestra, no son muchos los microempresarios, urbanos o rurales, que logran alcanzar una posición de adecuada solvencia económica. Para la gran mayoría la situación de miseria no varía demasiado, y a veces incluso empeora cuando pierden sus fuentes seguras de ingreso.

Franz Hinkelammert, un distinguido cientista social europeo que vive en Costa Rica hace ya muchos años, y que pasó un tiempo en Chile hace 30 años, plantea en un artículo reciente que “no se puede tener la competitividad como criterio central del desarrollo económico. La competitividad hace que siempre haya alguien que gane y alguien que pierda. Para quien pierde, eso equivale a una condena a muerte. El mercado decide por medio de la pena capital. La competencia es una especie de guerra. El mercado no es un simple juego. Es una guerra, con todas las consecuencias que tiene una guerra caliente. Un desarrollo generalizado solamente es posible interviniendo en los merca-

dos, de manera que quien pierde la competencia no sea condenado a muerte”.

Por su parte, Viviane Forrester, en su libro de hace pocos años *EL HORROR ECONOMICO*, que tuvo mucho éxito en Europa, describe con maestría el drama humano que se está viviendo en Francia y en otros países europeos, con motivo del altísimo nivel de desempleo registrado en los años recientes, y no puedo resistir la tentación de citar algunos párrafos del mismo: “...ha comenzado la era del liberalismo... su dominio impone un sistema imperioso, totalitario, pero por el momento incluido en la democracia y por lo tanto atemperado, limitado, acallado, disimulado, sin ostentaciones ni proclamas. En verdad, vivimos la violencia de la calma. Los efectos de este sistema... pueden, suelen ser criminales y hasta mortíferos... Se deja decaer y morir a la gente; se atribuye la responsabilidad a los que caen, a las multitudes discretas de desempleados que supuestamente deberían tener trabajo o esforzarse para conseguirlo, a los que se ordena buscarlo aun cuando es de conocimiento público que la fuente se ha agotado... Las angustias del trabajo perdido se viven en todos los niveles de la escala social... Todo se vuelve frágil, incluso la vivienda. La calle se aproxima... ¿qué correlación razonable puede haber, por ejemplo, entre perder el trabajo y hacerse echar a la calle? Ser arrojado a la calle por no poder seguir pagando un alquiler debido a que no se tiene más trabajo, es un castigo propio de la locura, de la perversidad deliberada...” Esto, en Europa, que tiene una red de protección social más o menos razonable. ¿Qué diría Viviane Forrester en Chile, o en Brasil, u hoy en la Argentina—caso paradigmático de las “locuras” del neoliberalismo? Creo que su cuadro social sería todavía más horroroso.

En este rápido recorrido por el mapa de la situación económica y social actual, y antes de entrar brevemente en consideraciones sobre el futuro, quisiera referirme sucintamente a lo que llamo la cuarta explotación, la de los recursos naturales y el medio ambiente.

Tanto a nivel nacional como regional y mundial, el crecimiento económico registrado se ha basado en una gran medida en la explotación irrestricta de recursos naturales minerales, pesqueros, forestales, agrícolas—que se han transferido desde el Sur a los países del Norte. En los quince años anteriores a 1999 el crecimiento del Producto Bruto Interno creció a tasas extraordinariamente elevadas, empujado por los sectores exportadores, sobre todo de materias primas de origen

natural con un bajo grado de procesamiento. Se decía que el empuje exportador era indispensable para que nuestra economía y la calidad de vida en nuestra sociedad pudieran mejorar sustantivamente. Pero, como vimos, no sólo no ha mejorado la calidad de vida de buena parte de la población chilena, dado que los beneficios han ido a dar a una minoría privilegiada, nacional y extranjera, sino que en el curso de este proceso nos hemos ido comiendo buena parte del patrimonio natural, irrecuperable en un alto porcentaje, por tratarse de recursos no renovables, como son los de la minería. Y eso lo hemos contabilizado como un incremento de nuestros ingresos. Esta es una aberración que constituye uno de los peores abusos y engaños del modelo neoliberal que se nos ha impuesto. Hoy día estamos enfrentando una severa crisis en el sector pesquero por la disminución de la biomasa marina, debido a la sobreexplotación. Buena parte del territorio agrícola—alrededor de dos tercios— se encuentra en franco proceso de erosión y desertificación. En una oportunidad escribí un artículo para el difunto diario *La Epoca* en que señalaba que la tierra de cultivo chilena estaba condenada a desaparecer, cubierta por tres lápidas de creciente tamaño y de colores diversos: una lápida amarilla, constituida por la erosión, la desertificación y la salinización de los suelos, a la que ya me referí; una lápida verde, constituida por la mancha forestal de pinos y eucaliptos, que ha ocupado excelentes suelos agrícolas, desalojando a las poblaciones campesinas y deteriorando la calidad de dichos suelos, y una lápida gris correspondiente a la rápida expansión de las ciudades y su entorno periurbano, que ha pavimentado el campo o ha convertido tierras agrícolas en parcelas de agrado que tarde o temprano se urbanizarán. Podemos ahora añadir una cuarta lápida, constituida por las absurdas políticas económicas que condenan al abandono de la producción nacional para consumo interno, por no poder competir con importaciones baratas, merced a subsidios en el exterior y al bajo tipo de cambio impuesto por nuestras autoridades. ¿Qué color le ponemos a esta lápida? Tal vez el negro le vendría bien.

Al mismo tiempo, hemos presenciado la continuada destrucción del bosque nativo, por sobreexplotación de maderas finas, o por extracción desmedida de leña por parte de campesinos que no disponen de otros elementos para cocinar o calefaccionar sus viviendas, o simplemente por falta de una política racional de conservación de ese valioso recurso natural. Y junto con el bosque nativo se va la muy rica diversidad de especies

animales y vegetales que allí cohabita con los árboles. Para qué hablar de la minería, que sufre la pérdida de millones de toneladas anuales de recursos que nunca se repondrán, y cuyas reservas, por lo que se sabe, son limitadas. En el caso del cobre, nuestro principal recurso minero, se estima que las reservas alcanzan para unos 40 ó 45 años más.

En fin, podríamos seguir con numerosos otros ejemplos de la irracionalidad de nuestro modelo de desarrollo, impulsado por la codicia, por el afán de lucro desmedido de unos cuantos, todo ello en nombre de una pretendida modernidad, de una aún más pretendida libertad de emprendimiento, que va unida a la "libertad para escoger" del gurú del neoliberalismo, Milton Friedman, y todo ello disfrazado de "democracia". ¿Cómo puede sostenerse que tenemos una democracia económica, cuando más de la mitad de la población trabaja para apenas mal sobrevivir y en beneficio del 10 ó 15 por ciento más rico? Y ello sin hablar de otros aspectos de naturaleza política: la participación, la representación, los derechos humanos, etc. etc. EL FUTURO ¿QUÉ HACER?

Como hemos podido apreciar, nuestras sociedades se enfrentan a un triple desafío (es múltiple pero por ahora dejémoslo así, triple): cómo alcanzar una mayor equidad, una mejor calidad de vida para todos y la sustentabilidad ambiental. Ello implica, por un lado, que los principales beneficiarios actuales tengan que ceder una fracción de sus respectivas participaciones en el reparto del fruto económico y de sus privilegios a fin de poder mejorar la situación de los demás. De acuerdo con cálculos que he debido realizar para mis estudios sobre este tema (libro) dado que la proporción actual del ingreso que se llevan los más ricos es tan grande, que bastaría la cesión de porcentajes relativamente pequeños de su ingreso para satisfacer los déficits de ingreso del 50% más pobre de la población. De otro lado, ese mejoramiento del conjunto, con una nueva distribución de los beneficios no debe acarrear un resultado ambientalmente desastroso, que traspase los límites impuestos por la naturaleza. En otras palabras, se trata de llegar a un equilibrio multidimensional, con esos tres lados acercándose lo más posible a un triángulo equilátero.

¿Cómo repartir mejor? Simplificando, diré que podemos distinguir las siguientes vías: al interior del sector privado, 1) mediante el crecimiento de los salarios con mayor rapidez que las ganancias del capital y que los sueldos de los altos ejecutivos; 2) mediante el mejoramiento de lo que po-

dríamos llamar los términos del intercambio entre consumidores y productores/distribuidores, a la vez que entre productores grandes y proveedores pequeños. En segundo término, una parte importante debe pasar necesariamente por el Estado, y ello por la vía tributaria, principalmente, para que el Estado pueda mejorar las remuneraciones de sus propios funcionarios y para que pueda realizar las inversiones en obras públicas, en educación, en salud, en el gasto social, etc.

¿Cómo utilizar mejor los recursos naturales? Simplificando nuevamente, ya se aplican en muchos países técnicas que permiten producir más con la misma cantidad de materia prima, o usar menos para producir la misma cantidad de bienes. En países europeos se está trabajando seriamente para reducir hasta en un 90% el uso de materias primas naturales (Wuppertal y otros). En segundo lugar, disminuyendo el consumo excesivo de una gran cantidad de bienes, a través de una educación destinada a abrir los ojos de los individuos en esta materia desde su más temprana edad. Tercero, y en esta misma línea, disminuir la dependencia de capitales extranjeros y de la necesidad imperiosa de exportar recursos naturales para poder importar. Al disminuir la presión consumista disminuirá también la presión productivista.

En un escenario semejante ¿qué pasará con el empleo? Obviamente, tendremos que llegar a una malla de soluciones. De una parte, disminuir la carga laboral, menos horas por semana, ganando lo mismo, para que puedan trabajar más personas; de otra, privilegiar el desarrollo de actividades que proporcionen más empleo. Ya dijimos que la explotación masiva de recursos naturales, con poco procesamiento, da origen a poco empleo. Por tal motivo, toda la política de fomento habrá de dirigirse hacia esta finalidad, lo cual significa que el Estado debe recuperar su rol protagónico en estas materias. En un cuadro de este tipo, con un Estado que recibe mayores recursos financieros y que se preocupe seriamente por la situación social de las grandes mayorías, se habrán de crear necesariamente actividades destinadas a atender las demandas de los niños, los ancianos y otros grupos vulnerables. El sector social requerirá la creación de muchos puestos de trabajo, y no solamente, o exclusivamente, dentro del ámbito del sector público sino que también dentro del sector privado, o del tercer sector de las ONG. Asimismo, habrá de crearse puestos de trabajo en las áreas de la cultura, la investigación científico-técnica, el deporte, etc.

El tema del empleo en el futuro (citar Rifkin), en el contexto de las tendencias actuales de la globalización —que son las inversas— debe ir acompañado necesariamente de estudios y acciones más a fondo en el área demográfica. El crecimiento de la población, conjuntamente con el gradual envejecimiento de la misma, la mayor esperanza de vida, ponen un serio desafío a la estabilidad planetaria y al buscado mejoramiento en la calidad de vida para todos. Este es un tema que la comunidad internacional deberá encarar con seriedad de una vez por todas.

En fin, podríamos seguir por muchas horas en este camino de análisis, pero creo que basta con la botonería de muestra para que comencemos a comprender por qué debemos tomar este problema con un carácter sistémico. Tengo claro que no debemos agotar nuestras energías en una batalla de enormes proporciones contra las tendencias globa-

lizantes de la actualidad, sino que debemos aprovechar los cambios que se están produciendo para tratar de combatir las cuatro o más explotaciones a las que me referí en un comienzo, así como para regular el crecimiento demográfico y preservar el equilibrio planetario. Estoy consciente, además, que no me he referido para nada al bicentenario en 10 años más. Pero, en verdad, no estoy en condiciones de aventurar predicción alguna sobre lo que puede suceder para entonces. Si en 10 años logramos ponernos de acuerdo —local e internacionalmente— sobre los aspectos principales del diagnóstico que he esbozado, y si logramos iniciar esa gigantesca tarea de diseminar la verdad, de eliminar el engaño a que hemos sido sometidos acerca de las supuestas bondades del modelo económico vigente, y de comenzar a educar a la población en este sentido, podremos decir, con satisfacción, que hemos entrado a la senda correcta.